

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

2 . º É P O C A

Año 1951 - Número 50



SEVILLA

PUBLICACIONES DEL PATRONATO DE CULTURA
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL

RELATIVE

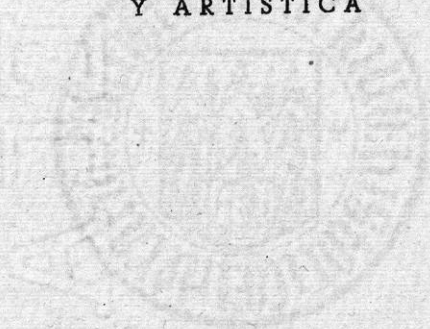


ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA

HISTÓRICA, LITERARIA

Y ARTÍSTICA



EJEMPLAR NÚM. **366**

ARCHIVO HISTÓRICO
BIBLIOTECA
HISTÓRICA, LINGÜÍSTICA
Y ARTÍSTICA



IMPRESO EN ESPAÑA.

PRINTED IN SPAIN.

EN LOS TALLERES DE LA IMPRENTA PROVINCIAL
SAN LUIS, 27. — SEVILLA.

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA
HISTÓRICA, LITERARIA
Y ARTÍSTICA

PUBLICACIÓN BIMESTRAL

53
3

2.^a Época
Año 1951



Tomó XV
Número 50

PUBLICACIONES DEL PATRONATO DE CULTURA
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL
SEVILLA

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

1951

NOVIEMBRE - DICIEMBRE

Núm. 50

CONSEJO DE REDACCIÓN

Don Ramón de Carranza y Gómez, marqués de Soto Hermoso, Presidente de la Excma. Diputación Provincial.—Don Cristóbal Bermúdez Plata.—D. Angel Camacho Baños.—D. Carlos García Oviedo.—D. José Hernández Díaz.—D. Manuel Justiniano Martínez.—D. Celestino López Martínez.—D. Joaquín Romero Murube.—D. Francisco Ruiz Esquivel.—D. Federico Villanova Hoppe, Secretario de la Excma. Diputación Provincial.—Director: Don Luis Toro Buiza.—Secretario: D. José Andrés Vázquez.

SUMARIO

ARTICULOS ORIGINALES

Págs.

Celestino López Martínez.— <i>Valdés Leal y sus discípulos</i>	173
Brígido Ponce de León Almazán.— <i>La Química en la Real Sociedad de Medicina de Sevilla</i>	195
Juan J. Rivera.— <i>Osuna, en la Historia y en el Arte</i>	241

MISCELANEA

Higinio Capote.— <i>El tema de la Natividad en la poesía clásica sevillana</i>	251
Francisco López Estrada.— <i>Nueva luz sobre la poesía antequerana</i> ...	257
*** <i>Concursos de la Excma. Diputación Provincial de Sevilla (Patronato de Cultura)</i>	265

LIBROS: Varios	271
----------------------	-----

CRÍTICA DE ARTE: Norberto Almandoz: <i>Música</i>	289
---	-----

CRÓNICA: José Andrés Vázquez.— <i>Enero-Febrero, 1946</i>	295
---	-----

ARTICULOS ORIGINALES

CANCIONEROS ANDALUCES

NUEVA LUZ SOBRE LA POESÍA ANTEQUERANA

De nuevo ha vuelto a la actualidad literaria la poesía de Antequera. El sol de Antequera que ha salido en esta ocasión, ha sido poético. Aquel grupo de gentes de letras que en los siglos XVI y XVII mantuvo en la ciudad del Guadalhorce el gusto y el culto por la obra de poesía, ha vuelto a lucir el garbo expresivo de sus creaciones, que era conocido en parte por los estudios de Rodríguez Marín sobre Espinosa y sobre Barahona de Soto. La fortuna hizo que de nuevo se reanude la investigación en torno a las cuestiones antequeranas, y que, después de los trabajos críticos de José María de Cossío y de Audrey Lumsden, aparezca este hermoso volumen gracias a la actividad de Dámaso Alonso y de Rafael Ferreres (1). Este *Cancionero Antequerano* contiene parte de una antología poética en varios tomos que coleccionó un curioso antequerano, Ignacio de Toledo y Godoy alrededor de los años de 1627 y 1628. Los volúmenes conservados son cuatro. Los tres primeros contienen obra en verso, y el cuarto es una miscelánea de prosa y verso. De los poéticos, el primero es una «Variedad de Sonetos»; el segundo contiene composiciones de arte menor y el tercero es un cancionero de todo género de poesía. En total los libros conservan 701 composiciones. La obra de este antologista antequerano constituye, pues, otra colección fundamental que juntar a las *Flores de Poetas Ilustres de España*, reunida por Pedro Espinosa y publicada en Valladolid, 1605, y a la Segunda Parte de estas *Flores*, seleccionada por Juan Antonio Calderón, cuyo manuscrito fué publicado en Sevilla, 1896. Si bien, como ocurre en estas otras colecciones, hay poetas de diversas regiones, la parte más interesante es la antequera-

(1) *Cancionero Antequerano*, recogido por los años de 1627 y 1628 por Ignacio de Toledo y Godoy, y publicado por Dámaso Alonso y Rafael Ferreres. Madrid, 1950. Tomo I de la Colección de «Cancioneros del Siglo de Oro», del Instituto Miguel de Cervantes. 537 páginas y 8 láminas.

rana. En este *Cancionero Antequerano* ahora aparecido se han incluido sólo las composiciones cuya publicación los editores no alcanzaron noticias de que se hubiese realizado; en total son 283 las reunidas según este criterio. Un índice final ofrece los primeros versos de las obras de los cuatro tomos y permite, por tanto, conocer el contenido de la colección completa. Se escogió como criterio para la edición la modernización de las grafías de los textos.

En cuanto al contenido, no hay, en lo conservado por Godoy, de Lope y de Góngora, novedad con respecto a la obra conocida. Con razones, algunas procedentes de un riguroso análisis estilístico se atribuyen cuatro sonetos a Quevedo, y alguna otra composición. También los andaluces de Granada, Sevilla y Córdoba tienen una modesta contribución en el conjunto. Pero son los antequeranos los que resultan mejor favorecidos en cuanto a la nueva aportación de poesías; en primer lugar figura Luis Martín de la Plaza, con cincuenta y cinco composiciones; Rodrigo de Carvajal y Robles, con dieciocho; Agustín de Tejada, con diecisiete; Cristobalina Fernández de Alarcón, con tres, y otras de poetas ignorados hasta ahora, como Cristóbal de Roca, Gaspar Fernández, Diego Leonardo y acaso Pedro de Godoy Vallejo. De esta suerte resulta que la poesía antequerana está recogida de una manera relativamente sistemática, en tanto que la de otras partes es posible que lo fuera sólo por papeles venidos a manos del Colector. Dámaso Alonso y Rafael Ferreres reconocen que ésta es la menos valiosa de las antologías antequeranas, en gran parte por el escaso gusto de Toledo y Godoy, que no era poeta, sino un aficionado a la poesía, sin duda constante, y amigo de cuantos escribían en su ciudad. Recogería cuanto le vino a las manos y la selección que realizó fué bien poca, y sin un criterio firme. No tuvo tampoco un determinado criterio en cuanto al contenido. Lo mismo reunía obras de carácter religioso (en especial las composiciones dedicadas a la Virgen de Monteagudo), que otras humanas, tanto de amores idealizados y expresados con las más extremas sutilidades petrarquistas, como de obscenas groserías. Y en un acopio de esta naturaleza siempre se salvan piezas de valía, entre muchas otras que poco se hubiese perdido de haber quedado olvidadas; es el caso más común en estos Cancioneros recogidos sin un alertado tino poético. Pero todas estas obras, tanto las de firme valer poético, como las inmaduras y deficientes, tienen su interés para conocer el desarrollo de la poesía antequerana. La selección de Ignacio de Toledo es la tercera en orden cronológico entre las mencionadas, y recoge la creación de los poetas de Antequera, centrada alrededor de los años de 1627 y 1628.

En cuanto al carácter de la poesía de este Cancionero, Dámaso Alonso establece sólo una breve impresión del conjunto; según él los poetas antequeranos fueron innovadores en algunos tanteos afortunados, pero les faltó un recio creador que supiera recoger estas iniciativas en

una obra definitiva. Son, según Dámaso Alonso, «excelentes poetas de segundo orden», magnífico pedestal para un inexistente maestro.

El carácter de la poesía reunida es de una diversidad extrema. Por de pronto, aparece con fuerte realce, en una ojeada al conjunto del *Cancionero*, el afincamiento de la obra en la ciudad de Antequera, no sólo en las alusiones circunstanciales, sino por el aire poético de la creación. Este sentido de patria reúne el espíritu «de campanario» —y nunca mejor dicho que en este caso, pues las campanas de la Colegiata y de las iglesias antequeranas casi nunca dejan la ciudad sin un vuelo de toques— y el sentido de universalidad renacentista, y ambos constituyen el ambiente creador en que toma expresión la obra de estos poetas. Casi todos podrían hacer suyo este soneto de un don Alvaro de Alarcón, en donde los dioses penates reciben culto sobre un fondo de lienzos de pared deslumbrante de cal andaluza:

*Salve, penates de mi pobre casa,
salve y salve otra vez, amigos lares,
a quien dedico víctimas y altares
y, por más ricas, en perpetua brasa.*

*Hoy colgaré de vuestra humilde basa
por votiva memoria mis pesares,
ropa mojada en extranjeros mares,
do la virtud se anega, el vicio pasa.*

*La verdadera patria es donde tiene
felicidad el siempre peregrino,
por ser patria común el mundo todo.*

*Por vos vivo contento en mi destino,
luego felice soy, y a serlo viene
quien pone leyes al deseo en todo.*

Quien vivió feliz en su destino de la ciudad andaluza pudo sentir que allí era el centro del universo. Y no le faltaban razones, evidentes para un hombre del siglo. En Antequera confluyeron la tradición antigua, difundida por los maestros de retórica del aula de Humanidades, y la moderna creación, y en el blanco reposo de la ciudad pudo madurarse la expresión en estas obras que han de buscar una difícil originalidad. Así, por ejemplo, un tema tan viejo como el del *Carpe diem* (o sea la consideración de la breve y perecedera belleza de las cosas del mundo, que hay que recoger en su cortísima sazón para gozarlas), tiene en Antequera un desarrollo floral a través del cual se intensifican punzantes sensaciones de la vega que contornea la ciudad, como ocurre en este soneto anónimo:

*Ya que en tu frente el blanco lirio ofrece
ser bandera de amor, que amor despliega,
y en tus ojos la luz que águilas ciega
como el sol en el toro resplandece,*

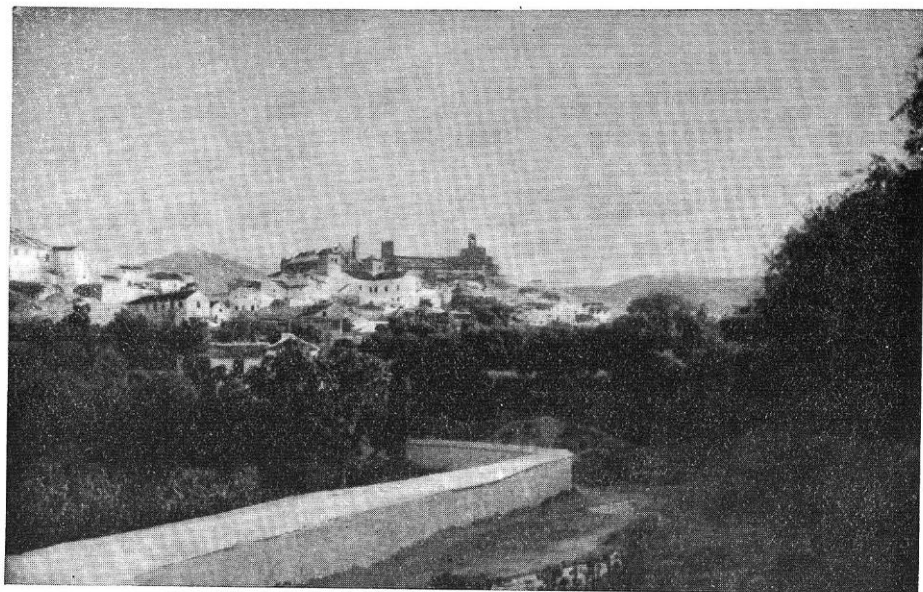
*ya que la rosa y azahar florece
en tus mejillas como en fértil vega,
y en tu labio el clavel la palma niega
al émulo rubí que le parece.*

*Tu frente y ojos, tu mejilla y labio,
goza, antes que amor su seña encoja
y se ponga tu luz en la edad triste;*

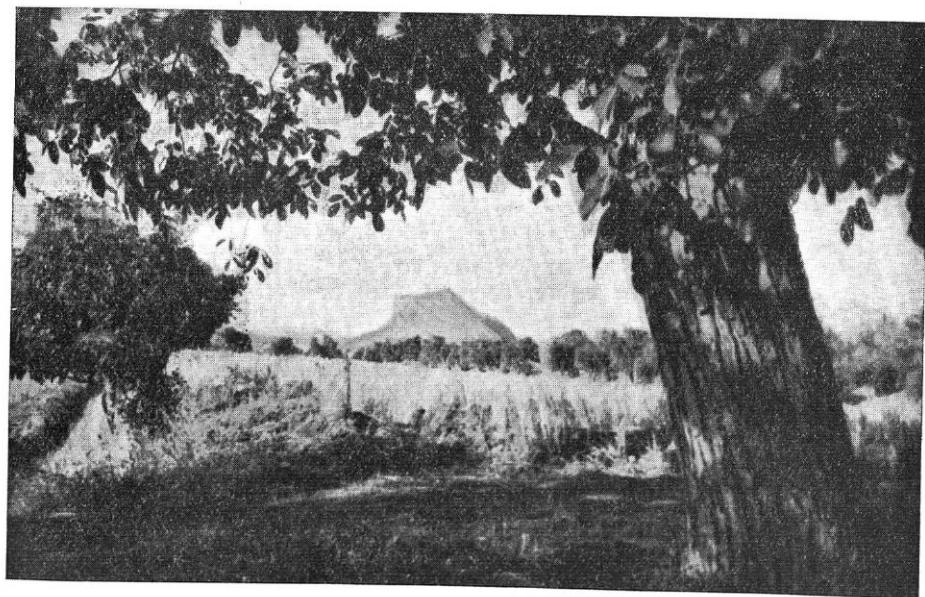
*y antes que rosa, azahar y clavel coja
la mano torpe del anciano sabio,
a quien ninguna prevención resiste.*

Obsérvese que la expresión *fértil vega* queda precisamente con su floral resonancia en el centro del soneto. Si ahora recordamos el soneto de Góngora "*Mientras por competir con tu cabello*", de tema análogo, puede establecerse un iluminador contraste. Lo que en el antequerano es una insistencia en la abundancia de las flores, en Góngora se equilibra en la recolección de una bella y pura materia universal, llevada a su sublimación literaria: "*Oro, lirio, clavel, marfil luciente*", verso que al cabo se disuelve en un final graduado que va desde la fosca consistencia de una tierra fértil por la muerte hasta el anonadamiento absoluto: "*En tierra, en humo, en polvo, en nada*". En el soneto del antequerano queda el fin templado por la imagen del plegar una insignia, de un atardecer y de una recogida de flores, entre una luz dorada, presentida en la desesperada conformidad de que tanta hermosura en la mujer y en la flor sean pasajeras, y hayan de deshacerse en esta misma tierra que las sustenta.

Puede también encontrarse en la lectura del *Cancionero* un gusto por la estampa descriptiva que diseña en un primer término, sin posibles lejos, un objeto en el que el poeta se recrea en perfilar trenzando sobre el tema un arabesco de imágenes. De esta manera está realizado un soneto anónimo, cuyo motivo es un lunar; éste es un tema al que eran aficionados los arábigoandaluces, del cual García Gómez nos ha ofrecido la siguiente versión de una poesía de Al-Nassar: «Entre la mejilla y los labios tiene un lunar negro, que ha venido a un jardín por la mañana, y está indeciso sobre si cogerá la rosa del carrillo o la margarita de la boca». Y el antequerano escribe:



La ciudad de Antequera vista desde las primeras bueltas de la Vega cerca del río de la Villa. En silueta, sobre el fondo, el castillo árabe y la Colegiata de Santa María la Mayor.



La vega de Antequera, en la parte que mira a Archidona, con cultivo de olivos y trigo. Al fondo, la Peña de los Enamorados, cuya mole, tan unida a la tradición literaria de la ciudad, se percibe desde toda la vega.

(FOTOS: LÓPEZ ESTRADA).

*Norte divino a cuya luz navego,
tú que en el mar de amor causas bonanza,
y en tormenta de más desconfianza
santelmo te apareces a mi ruego,*

*negro lunar, que Amor, dios niño y ciego,
poner quiso por blanco a mi esperanza,
espejo do se ve mi semejanza,
carbón de amor que enciende el alma en fuego:*

*ya que en el nombre y la belleza imitas
la hermosa hermana del señor de Delo,
no se te niegue su mudable suerte,*

*pues eres, en el rostro donde habitas,
estrella fija del octavo cielo,
que inclinas los sentidos a quererte.*

Y enormes principios de acierto en la expresión del movimiento con un tema tan andaluz como es el caballo, en este soneto que parece desenvuelto como si la expresión estuviese armoniosamente contenida, y por bajo de las palabras se sintiese el empuje del bruto dócil llevado por la mano diestra:

*El caballo andaluz, plumas calzado,
fatiga con los hierros el arena,
su curso impetuoso desenfrena,
la clín ondea con furor airado;*

*vuelve y revuelve el corazón hinchado,
falsos corcovos bullicioso ordena,
muestra de espuma la mordaza llena,
manchado el pecho, el freno plateado;*

*tascando, con la mano el pie combate,
los ojos afervora de improviso
y las narices dan bufido fiero*

*si rige el freno y mueve el acicate
de Soto Don Luís, Marte y Narciso,
con diestra mano y con pie ligero.*

Y poesía de amores, mucha queja, lamento, exaltación, como aquel buen principio de soneto, en el que el poeta grita socorro con angustial

real, pues el incendio del corazón parece abrirle las carnes en dolor físico y no en metáfora:

*Anarda, que me abrasó, que me muero;
piedad, socorro, agua al fuego mío,
mirad que el pecho tengo hecho estío
y que ya de remedio desespero...*

Estas son unas pocas muestras de la calidad de la poesía del *Cancionero*. Para recoger en un juicio, sólo autorizado por el acierto de la elección de esta cala, me fijo en el propio *Cancionero*, en un romance burlesco del pródigo Luis Martín de la Plaza, donde hay una expresión que a mi parecer explica en cierto modo la posición literaria de los poetas reunidos en esta congregación literaria. Dice así este trozo:

*¿Qué me valieron mis versos
por lo dulce y por lo culto?*

(Pág. 241)

Entre *lo dulce*, esto es, en el sentido de la obra ya magistral de Garcilaso (comentado en este sentido por el Brocense y por Herrera), y *lo culto*, o sea la manera en que el juego de la expresión se realiza con la amplitud de medios conseguida por el cúmulo de experiencia literaria de cerca de un siglo (sin olvidar las vetas entreveradas de la poesía tradicional) oscila el criterio poético de estos antequeranos. En ese amplio dominio cabe una gran variedad. ¿Podría hablarse de un estilo de escuela? Ya es cuestión que no cabe aquí plantear en su totalidad, pues sólo he pretendido mostrar algunos ejemplos de la poesía contenida en el *Cancionero*, a la vez que daba noticia de su aparición.

Queda Antequera entre la llana y abierta Sevilla y la recogida Granada, guardada por las rugosidades de sus serranías. En Antequera se anudan los viejos caminos de Andalucía que van a Córdoba y que bajan hacia las marinas de Málaga. Por otra parte, guardar una personalidad definida en una época como los siglos de oro de nuestras letras es bien difícil a causa de los aires universales de la España de aquel tiempo. Igual iban a morir los antequeranos a Italia, a Flandes o a América, que quedaban sus huesos bajo las losas de alguna iglesia de la ciudad. Y precisamente esta situación es su torcedor, del que se liberan en los aciertos pero que da el tono de gris uniformidad cuando se trata de la obra de circunstan-

cias o falta el aliento de la verdadera poesía. Relativamente cercana a las grandes ciudades de Sevilla, Córdoba y Granada, posee Antequera, sin embargo, una creación poética original y suficiente para que en esta ocasión pueda admirarnos con el descubrimiento de esta obra tan poco conocida, y que ha venido a ampliar el conocimiento que teníamos de este grupo poético andaluz.

FRANCISCO LOPEZ ESTRADA.

Universidad de Sevilla.